

## LA MUJER COMO SUJETO PARTICIPANTE: LA PERCEPCIÓN QUE TIENEN LAS MUJERES DE LO QUE SE HACE O DICE EN LA LITURGIA

Roser SOLÉ BESTEIRO

La lectura del título me ha llevado a dos elementos de reflexión: el primero, un recuerdo de mí paso por el Instituto de Teología Pastoral Juan XXIII, de Madrid; el segundo, la distancia que se percibe en el enunciado entre «la mujer como sujeto participante» y «lo que se hace en la liturgia...» Ambas enfocadas desde una legítima lectura feminista que busca su lugar en la Iglesia.

Mis recuerdos se remontan a los años setenta en los que vivíamos la ilusión del cambio cuyas puertas abrió el Vaticano II. En aquel momento el signo más visible se percibía en la liturgia. ¡Ya podíamos escuchar la Palabra de Dios en nuestra propia lengua! En el Instituto se celebraba la Eucaristía (ya no decíamos «misa», ni se iba a «oír», se buscaba participar). Éramos un centenar de alumnos y alumnas, religiosos y religiosas, algún sacerdote secular y tres o cuatro mujeres laicas. En las celebraciones me llamaba la atención el interés de las religiosas en ponerse alrededor del altar, pronunciando al unísono y a viva voz con el celebrante toda la parte eucológica, incluso las palabras de la consagración, acompañadas del gesto propio de los concelebrantes, aunque todavía no se percibía cómo «la rebelión de las monjas para ejercer el sacerdocio».<sup>1</sup> Yo me mantenía al margen, la escena me parecía ridícula y me producía hilaridad ver aquellas mujeres que intentaban hacer «como si» participaran más de aquel acto litúrgico, «como si» también pudieran consagrar, mientras yo pensaba, con cierta ironía, que aquello no servía para nada.

---

1 Lavinia BYRNE, *Mujeres en el altar. Rebelión de las monjas para ejercer el sacerdocio*, Barcelona: Ediciones B 2000.

Más tarde descubrí que lo que aquellas mujeres pedían a gritos era visibilizar su condición de «sujetos participantes» de la celebración porque se sentían también instrumentos de Dios para hacer realidad lo que la palabra dice. Me sumé con ilusión al descubrimiento de la Eucaristía como celebración del misterio pascual en la que ya no sería más una receptora de la representación.

Ya en Barcelona, en todos los grupos y parroquias, se estudiaban los textos conciliares. Queríamos penetrar en el sentido de aquello que celebrábamos y preparábamos las Eucaristías con sumo esmero; éramos capaces de imaginar la celebración según las personas y lugar de los encuentros, como signo de lo que debía ser la Eucaristía en una parroquia: el encuentro de la gran familia cristiana que celebraba y compartía su fe. Pasado el tiempo de efervescencia, nos dimos cuenta de que apenas nada había cambiado. Se había tocado el techo de lo posible. Las mujeres seguíamos siendo espectadoras, pero más activas. Nuestras esperanzas se esfumaron. El templo no era el lugar donde la comunidad da gracias a Dios por el don de la vida expresada en su propio Hijo, *sino el lugar del cumplimiento*.

Resumiendo, en cincuenta años creo que ha habido una línea ascendente de ilusión, euforia y esperanza, acompañada en muchos casos del deseo de desclericalización; un aburrido estancamiento en la rutina de lo conquistado y, finalmente, una marcha atrás expresada con posturas anacrónicas y cada vez más clericales que se manifiestan en los gestos y en la palabra (homilías). Los laicos podemos jugar un papel en la representación, pero solo aquel que se nos permite. Era necesario llegar a este punto de crisis para plantearse de nuevo la participación real de las mujeres (y los hombres) en la liturgia, que es un reto de la propia pastoral. Con una diferencia, muchos de los hombres y mujeres que hemos permanecido, nos hemos formado.

La *distancia* que percibo en el enunciado creo que tiene su fundamento en distintos elementos. El primero es una cuestión de fondo: las mujeres, que somos mayoría, sentimos que no es justa ni evangélica la situación de «minoría de edad» que nos excluye de los ámbitos de toma de decisión, no hay una igualdad real, no contamos, somos invisibles. Se habla *de* nosotras, pero *sin* nosotras. ¿Qué espacio de diálogo nos cabe esperar?

En un segundo plano están las *formas estereotipadas y rígidas de la liturgia* que apenas permiten introducir algunos pequeños cambios. Su forma y lenguaje no permite llegar realmente a los corazones y las mentes, como se plantea la pastoral litúrgica.<sup>2</sup> Lo que puede estar bien desde una perspectiva universal ahoga, por otro lado, la imaginación que podría suponer la incorporación de unas palabras y unos signos comprensibles para una comunidad concreta. Se hace, pero no en la comunidad parroquial.

Entre las formas prefijadas está la *lectura continuada de la Biblia*. Ni siquiera el pueblo ha reparado en ello, porque todavía se va a «oír» lo que se dice en la misa y poco se «escucha». A veces el propio lenguaje de la Escritura impide su comprensión, cuando no empeora a causa de una traducción, hecha para ser leída pero no escuchada. Cuesta ver la relación que hay entre las lecturas. Cuando las protagonistas son las mujeres, el celebrante suele destacar el carácter moralizante (samaritana) o las virtudes modélicas (cananea), pero pocas veces la proyección que tiene este protagonismo en la dinámica actual de la Iglesia, de una Iglesia del siglo XXI. Un caso que clama al cielo es la interpretación de Mateo 28 cuya hermenéutica se ha puesto sospechosamente del lado de la autoridad de Pedro.

Por otro lado, no sé cuántas *teólogas* forman parte de las múltiples comisiones de liturgia ni a cuántas *mujeres de la base* se consulta. De haber escuchado a estas mujeres, creo que bastantes de las lecturas ni estarían en el *Misal*. Todos aquellos textos que significan una sumisión de las mujeres a los hombres, ¿son palabra de Dios o expresión ideológica del patriarcado presente aún en la Iglesia de hoy? ¿Cómo es posible que se lean y no se ruboricen sacerdote y lectores?

Tampoco se entienden bien los gestos normativos de la celebración. ¿Cómo podremos hacer emerger la sensibilidad simbólica, la percepción de la trascendencia, la dimensión sinceramente religiosa y espiritual de las mujeres si ni se entiende lo que hay? La significación de las mujeres en la historia de salvación se desconoce. ¿En qué parroquias las mujeres bíblicas son conocidas? ¿Cómo el

---

2 Véase J. FONTBONA, «Los retos de la pastoral litúrgica», *Phase* 55 (2015) 257-276.

pueblo puede conocer la importancia de las discípulas de Jesús si siempre se habla de los discípulos, aunque a alguno se le escape decir que también había mujeres? Se ha hablado bastante de la sensibilidad femenina para responder a las necesidades sociales en el campo de la sanidad y de la educación (es necesario, no molesta y luce), pero no se da a conocer, por ejemplo, su liderazgo en las Eucaristías del cristianismo antiguo. ¿Qué saben los fieles de las mujeres con autoridad en el cristianismo primitivo?<sup>3</sup> ¿Qué saben de las mujeres reales que encontramos en los textos del Nuevo Testamento? ¿Cuándo y cómo una mujer puede sorprendernos en un acto litúrgico si ni siquiera conoce sus posibilidades? Se impone una profunda labor pastoral de formación y otra que incluya un *amplio y generoso espacio de diálogo en el que las mujeres podamos hablar y ser escuchadas*. Tiene que haber una preparación que incluya todas las dimensiones de la liturgia: conocimiento de la palabra, aprender a expresarse, perder el miedo, trabajar la imaginación y, sobre todo, aprender a buscar en la *hendidura de la roca* la profundidad del encuentro con Dios, sin lo cual es imposible percibir y hacer percibir la riqueza del símbolo.

Por otra parte, en cualquier parroquia existe el *equipo de liturgia*, que podría ser una escuela de diálogo, formación y proyección. Se podrían *revisar las plegarias de los fieles* para que estas recogieran las experiencias y angustias más cotidianas que se viven en nuestras calles sin olvidar los acontecimientos que puedan afectar nuestra vida de barrio, parroquia o Iglesia. Cuando no hay trabajo, se podría pedir si hay quien pueda ofrecer algún tipo de servicio remunerado (no solo rezar para que haya trabajo para todos). Si hay que pedir por la familia, mostrarse sensibles a los distintos tipos de familia, sean de matrimonios heterosexuales, homosexuales o monoparentales, porque todos tienen hijos, problemas y algunos, además, han de sufrir la incompreensión de sus familiares o de

---

3 Véanse las aportaciones de diversas teólogas cuyos textos aparecen en las obras *Con ellas tras Jesús. Mujeres modelos de identidad cristiana*, o *Mujeres con autoridad en el cristianismo antiguo*, de las cuales es editora Carmen Bernabé. Hay muchísima literatura sobre el tema que no cito por no cargar un texto breve.

los vecinos o no se sienten acogidos en su propia Iglesia. Hasta podríamos ser capaces de comunicar que existen organizaciones cristianas en donde estos hombres y mujeres pueden vivir la fe que nos une a todos. Si se trata de justicia, normalmente se pide que haya justicia a nivel social y político, rara vez se incluye a la Iglesia, donde también hay marginación. Aprender a *compartir la homilía*, es una posibilidad de descubrir la capacidad creativa, simbólica y trascendente de las mujeres y hacer que no nos sintamos sujetos pasivos de la celebración. En otro orden de cosas, pueden revisar la *disposición de los bancos en los templos*, quizá descubriríamos que hay una manera no forzada que invita a la participación.

Son elementos que pueden ayudar a hacer presente la sensibilidad femenina aunque la celebración la presida un hombre, pero a condición de rebajar el clericalismo, a veces no buscado, pero institucionalmente demasiado presente, lo que se nota cuando el pueblo dice ante una determinada situación: «¡como manda el cura!»...

No podría acabar sin tener en cuenta los sacerdotes y fieles que hacen posible que la celebración de la Eucaristía sea el lugar real de la celebración de la fe. Eucaristías que tienen en cuenta la situación social, y el nivel cultural del pueblo aunque a veces se las acuse de heterodoxas. Son pocas, pero las hay. Asimismo, como antes he apuntado, hay que reconocer el interés de muchos pastores por cuidar el lenguaje, la presentación y cortar distancias entre los fieles y el celebrante o para huir de legalismos inoperantes o, en este caso, que se plantean sinceramente la presencia de las mujeres en la liturgia. Pero hay que ir más lejos, debemos esforzarnos mucho para que la Iglesia sea de verdad una comunidad de iguales en el ejercicio de las funciones y en dignidad. Quizá entonces ni siquiera nos tendremos que preguntar por *las mujeres en la liturgia*.

Roser SOLÉ BESTEIRO

*Licenciada en teología y profesora del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona en su modalidad virtual.*